

PILAR BELLVER  
A TODOS  
NOS MATAN  
ANTES DE  
MORIR

algaida



© Pilar Bellver, 2010  
© Algaida Editores, 2010  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Grupo Anaya  
ISBN: 978-84-9877-365-1  
Depósito legal: M-9.186-2010  
Impresión: Huertas, I. G.  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Capítulo I. EL CÁLIZ .....	11
Capítulo II. EL TRAJE .....	59
Capítulo III. LA ESCOPETA .....	129



*A Esther Tusquets,  
para que se sepa que gracias a ella, que  
decidió publicar mi primera novela, soy escritora.*

*Y porque es una de las mentes literarias más lúcidas  
que hemos tenido (y siempre a nuestro favor)  
las mujeres de este país.*



CAPÍTULO I  
EL CÁLIZ



UNA SENSACIÓN CALIENTE, HÚMEDA, ABRAZADORA como un fluido maternal, me despertó. Pero, tras ese segundo que necesita la conciencia para encontrar la cama donde ha dormido el cuerpo, la sensación se transformó en el abrazo de algo viscoso, pegajoso del pijama a la piel, espeso como un vómito. Era sangre, mi sangre. Lo supe antes de encender la luz: el acto reflejo de buscar el cable de la lamparilla de noche no funciona tan automáticamente cuando duermes en una habitación que no es la tuya, o que hace demasiado tiempo que dejó de serlo.

Me descubrí empapada de mí misma. Y, al asco, se sumó el miedo. Ni me tocaba la regla ni semejante abundancia podía ser la menstruación. Sin embargo, no dudé del grifo por el que había salido aquel derroche.

A saber cuánto tiempo llevaba sangrando... La sangre es tan caliente, que puede manar sin que la piel la note durante un buen rato; supongo que hasta que se enfrían los primeros borbotones. Me levanté de un lodazal cuaja-

do y granate. Asustada, sí. Me encontré franjeada como una bandera de las rodillas a la cintura. Y no supe qué hacer.

No tenía a quién llamar. Estaba sola en la casa de mis padres, a las afueras del pueblo, rodeada de olivos, sin vecinas que pudieran acudir a mis gritos. No grité. Allí, de pie, di dos o tres vueltas sobre mí misma mirándome el vientre y los muslos, con los brazos separados del cuerpo y crispados hasta la punta de los dedos, igual que las bailarinas antes de arrancarse por algún desgarró. Luego fui a encender la luz grande, la del techo, como si la visión no fuera lo bastante terrible, o como si necesitara más que la de la mesilla para empezar a hacerme cargo del horror. O quizá con la esperanza de que la abundancia de luz pudiera disolver las manchas del mismo modo inmediato que borra las sombras.

Llegué al interruptor, junto a la puerta, andando hacia atrás lentamente y tanteando; así se retrocede cuando algo asesino y de movimientos impredecibles se nos acerca de frente. No podía perderle la cara a mi cama, la miraba fijamente, hipnotizada, temiendo que de ella surgiera una rapidísima y voraz criatura de los infiernos. Lo encendí, pero me quedé apoyada en el quicio de la puerta abierta, agarrada al marco. No sé durante cuánto tiempo. Hasta que me convencí de que nada sobrenatural había dormido conmigo. Hasta que tuve valor para acercarme de nuevo a la cama. Tenía que saber cuánta sangre había perdido.

Con una aprensión casi invencible, retiré las mantas. Las retiré completamente y con un movimiento brusco, lo mismo que si de sorprender a una alimaña se tratara y la

velocidad contase a mi favor. Una enorme amapola aplastada apareció entre las sábanas como entre las hojas de un libro. Algo tenía de pétalos el dibujo de mi sangre en ellas.

La mente sigue una lógica propia que la hace parecer caprichosa en los momentos en que más la necesitamos sensata. A la mía se le ocurrió recuperar un fragmento de mi infancia, de pupitres con tapa levantiza y libros forrados de plástico, con hojas sublevadas también, revenidas por las puntas, romas para siempre... Pero hay que tener confianza y dejarla llegar adonde quiere, a la mente... ella buscaba un fragmento de cierta remota lección de las Ciencias Naturales de la escuela según la cual, o bien es que tenemos cinco litros de sangre en total, o bien —porque lo único claro del recuerdo era ese número— es que cinco litros es el máximo que podemos perder antes de morir. Así que me vi intentando calcular a ojo cuántos litros hacían falta para producir aquella inundación. ¿Dos, tres, cuatro? O tal vez sólo uno debidamente extendido con el movimiento del cuerpo que sueña. Pero, ¿y la cantidad filtrada, la que no se veía, la que se había tragado mi colchón sediento, tan seco y tan en barbecho desde que dejé de ser una niña a la que se le olvidaba hacer pis antes de acostarse?

Impaciente, acelerada por la urgencia del cálculo, desenfundé la sábana de abajo. La mancha era idéntica sin ella. Desenfundé después la gruesa funda del colchón, de rizo tupido de toalla, y la mancha seguía siendo idéntica sin ella. Otro capricho de la mente fue recordar entonces aquellos librillos regordetes, cuadrados y pequeños, que tenían en la esquina derecha de arriba de todas las páginas

un monigote dibujado idéntico al de la página anterior, e igualito que el de la página siguiente, que sólo se movía y aparecía distinto si escurrías por el pulgar muy de prisa y en cascada todas las páginas a la vez. Imaginé el grosor del colchón como el tocho de hojas de uno de esos libros animados y frenéticamente lo levanté para examinar la última hoja. Levanté el colchón ¡y la mancha lo había traspasado! Era mucho más pequeña, pero lo había calado del todo y había llegado hasta allí nítida y perfectamente redonda, del tamaño de un plato de sopa.

No se me había ocurrido que podía marearme hasta que realmente noté que me faltaban las fuerzas para sostener en vilo el peso del colchón y la pared se movió claramente ante mis ojos, llevándose, con la de ella, la rigidez del cabecero de bronce, que ahora era blando y se derramaba como un reloj de óleo. Hasta entonces no recapacité y supe que tenía que llamar a alguien o a algún sitio; necesitaba una ambulancia.

El teléfono estaba abajo, alejado de mí un largo pasillo y dos tramos de escalera; y mudo, sordo, incapaz, conectado a una red provincial de la que no me sabía ni un solo número. Pensé en el único, en el número por excelencia, el 003. Y me agarré a él como a una barandilla. En ese momento recordé, no sé por qué, quizá por el mareo mismo, el amparo que fue para mi mano otra barandilla, una real: la de la resbaladiza pasarela de las cataratas del Iguaçu; una pasarela abierta por un loco entre dos locuras: a diez metros por la izquierda, una mole vertical de agua que se me venía encima, más alta que un edificio, para aplastarme —esa sensación producen las cataratas vistas desde

abajo—; y, a cinco metros por la derecha, un precipicio de la misma furiosa tormenta que se iba atronadoramente al vacío. Un borbotón descontrolado, más alto que los demás, o un simple traspies por mi cuenta y toda yo sería un palillo en el agua durante un instante, una insignificancia cayendo al instante siguiente y la nada misma antes de llegar a la corriente general del río. La escalera del viejo caserón de mi familia, siempre un poco desmesurada y teatral, ahora me pareció líquida, maliciosa, intransitable.

Tampoco se me había ocurrido averiguar si seguía sangrando. No recuerdo si lo daba por hecho o si más bien resultó que la mente sigue efectivamente su propia lógica, que no es tan caprichosa como parece, y por eso su cálculo de lo que había perdido era para ella suficiente razón para ordenarme que llamase pidiendo ayuda cuanto antes.

—Informaciondigamé.

—Necesito el teléfono de urgencias del hospital de Úbeda —me oí decir.

Y mi voz me sonó a mí misma como una voz antigua, de pueblo, del mío, de señora mayor con un tono muy grave, solemne; una gravedad —me sonó así— no exenta de resignación.

—¿De Úbeda en la provincia de Jaén? —su pregunta fue tan rápida que era evidente que no necesitaba mi respuesta, y no la esperó—. No se retire, le paso con información de la provincia.

Aquella mujer no me dio pie a explicarle nada. No cabía pedirle nada a ella, ni ese número ni ningún otro. Y me senté porque me pareció que no podía seguir de pie.

No tenía ni lápiz a mano ni papel en el que apuntar lo que me dijera la otra telefonista cuando contestase. Dudaba, incluso, de que me aguantaran las fuerzas para marcar otra vez... ¿y si, además, comunicaba el hospital? El teléfono de la vieja casa era todavía de los de rosca, yo tenía la cabeza aturdida, espesa, y resbaladizos los dedos pringados de sangre... la sangre es espesa... y es temblorosa, como el miedo, porque también el miedo es espeso. El auricular ardía en mi oreja y el cable retorcido no era una buena amarra.

—Informaciondigamé.

—Oiga, por favor, seño, ra, es, cúchemepor favor...

A continuación, la mujer del 003 de la provincia de Jaén se portó mejor que bien. Le dije que me estaba desangrando, que no era ni una exageración ni una broma, que estaba sola en una casa a las afueras del pueblo, le di el nombre del pueblo, mi nombre, mi dirección y mi número de teléfono y le pedí por favor que pensara por mí cuál era el sitio más cercano desde el que pudieran mandarme una ambulancia. «Haga usted las llamadas por mí», le rogué, «porque estoy mareada y creo que a punto de perder el conocimiento».

Primero trató de tranquilizarme con ese tono servicial de persona suficiente y adulta que trata de calmar a una niña asustada. Y luego, yo no sé si es que Telefónica les da clases o si salió de ella, de su ser más inteligente de lo esperado, pero el caso es que cayó en decirme dos cosas importantes: que no me dedicara ahora a hacer llamadas, que más bien me asegurara de dejar bien colgado el teléfono para que pudieran llamarme a mí si hacía falta porque

ella se iba a encargar, claro que sí, de hacer todas las gestiones; y que, sobre todo esto, en cuanto colgase, me fuera hacia la puerta de la calle para dejarla abierta ahora mismo, en previsión de que no tuviera fuerzas para hacerlo después o me hubiera desmayado cuando llegase la ambulancia. Pensé que es una suerte que te toque una mujer así, con la cabeza tan bien amueblada.

Lo hice como ella me dijo, fui hasta la puerta y abrí, no sólo la cerradura, porque es una de esas puertas de casa grande con dos hojas, sino también los cerrojos que la anclan al suelo por abajo y, al quicio, por arriba. Después volví al salón y me tumbé en el sofá, junto al teléfono, sin importarme si la tapicería sería o no recuperable luego.

Creo que soy una persona tranquila, pero la calma con la que me dispuse a esperar no era del todo mía. La seguridad de aquella mujer, su voz lúcida, su capacidad para pensar bien, mejor que yo, y con rapidez, me transmitieron la que estaba perdiendo con mi sangre.

La sangre es el espíritu, pensaba, el ánimo clásica, el ánimo moderno, la esencia del ser. Por eso hay artistas que han buscado el grana y negro de sus cuadros, con tal de dotarlos de más autenticidad y más vida, sacándosela de las venas. Una sangría inútil porque la necesitamos en perpetuo movimiento y encerrada para que su ímpetu no nos abandone. Y no sabía por qué la mía, de pronto, había decidido irseme.

Una cosa era segura: no estaba abortando, no había otra vida dentro de mí que se me estuviera fugando que no fuera la mía. De eso no tenía ninguna duda. No voy cada año a la ginecóloga, sino cada dos, a veces cada tres,

pero de la última revisión no hacía tanto y no salió que tuviese nada. Todavía me daban ganas de sonreír recordando la anécdota de esta última visita. Estrenaba ginecóloga, así que una chica de blanco rellenaba una ficha nueva para mí —domicilio, dirección, teléfono— antes de pasarme a ver a su jefa. Estado civil...

—Soltera.

—Edad.

—Treinta y cuatro.

—Número de hijos.

—Ninguno.

—Número de partos (no es lo mismo, ya sabes).

—Ya lo sé. Ninguno.

—Algún... aborto —preguntó con cierto cuidado—, alguna incidencia que comentar en ese sentido...

En estas clínicas modernas, con ginecólogas feministas, además de hablarte de tú, procuran tener de ti una ficha completa, lo que incluye toda clase de preguntas. Procuran hacerlas con tacto, pero tienen en su ideario hacerlas.

—No, no.

Edad a la que tuviste la primera regla. Fecha de la última revisión. De la última regla. De la última relación sexual completa...

—Hace tres noches.

—¿Mantienes relaciones sexuales habituales?

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

—Pues... Una vez a la semana o así.

—¿Siempre con la misma persona o con personas distintas?

—Siempre con la misma persona.

—Tienes pareja estable entonces...

—Sí.

—Método anticonceptivo que usas habitualmente.

—Ninguno.

—Ninguno... —anotó. Y eso debió de hacerle cambiar de zona en la hoja porque el bolígrafo apuntaba ahora a una columna distinta—. ¿Crees que puedes estar embarazada?

—No, seguro que no estoy embarazada.

—¿Tienes intención de quedarte embarazada próximamente?

—No, no, ni hablar.

—¿Cómo que no? —dijo la chica y levantó la vista para mirarme—. ¿Pero no has dicho que no tomas anticonceptivos...?

—Y no los tomo.

Durante un segundo más me mantuvo la mirada, hasta que de pronto debió de recordar algún apartado lateral de su cuestionario y volvió a él muy resuelta y dándome explicaciones en un tono que las hacía obvias y que anunciaba que yo debería estar más atenta en adelante:

—¡Bueno, vamos a ver, es que, cuando hablamos de anticonceptivos, se entiende que nos referimos también a los que use tu pareja! No sólo a los que usas tú, claro. ¿Tu pareja usa algún método preventivo?

—No, tampoco.

—No —anotó—. O sea, que tienes intención de quedarte embarazada...

—No, no, ni hablar, ya te digo; no pienso.

—¿No? ¿Y cómo que no? —la chica vaciló y, por segunda vez, levantó el bolígrafo y los ojos para mirarme; esperaba una aclaración, pero a mí no me apetecía sacarla de dudas. Al contrario, bajé la cabeza para avalárselas aún más, fingiendo timidez y sentirme incómoda.

—¡Ah, perdona! —siguió ella—. ¿Hay alguna razón por la que no puedas tomar anticonceptivos?

—No, ninguna.

—¿Alguna prohibición médica...?

—No, no.

—¿Tienes algo en contra del uso de anticonceptivos, motivos religiosos o morales...? Perdona que te haga la pregunta, pero necesitamos saber estas cosas para poder...

—Claro, lo entiendo. Pero no, no tengo nada en contra, qué disparate. Al revés.

—¿Y dices que no tienes miedo a quedarte embarazada? —sus recelos aumentaban.

—No, ninguno.

Yo, por mi parte, había decidido que mis respuestas iban a ser tan precisas y escuetas como el propio cuestionario.

—¿Te han diagnosticado alguna clase de esterilidad?

—No, nunca. Que yo sepa, no soy estéril.

—¿Le han diagnosticado alguna clase de esterilidad a tu pareja?

—No, que yo sepa.

—¿Tiene hecha la vasectomía?

—No.

—¿Qué edad tiene tu pareja?

—Cuarenta y seis.

—Cuarenta y seis... —repitió ella, como abstraída—. Y me has dicho que no es estéril. ¿Padece alguna clase de impotencia?

—No, para nada.

—¿Practicáis el coitus interruptus?

—No.

—Sabes lo que es, ¿no?

—Claro que lo sé.

—No, te lo digo porque también se considera un cierto método anticonceptivo, aunque hay gente que no lo cuenta como tal...

—Y hacen bien —dije—, porque eso no es un método, es una lotería.

—Desde luego que sí. Bueno... —aún me echó una última ojeada con la esperanza de que yo añadiese algo, y, en vista de que no, hizo un gesto que venía a significar «allá tú, guapa, no es mi problema si no quieres hablar», y empezó a recoger—. Pues ahora mismo te paso a ver a la doctora.

Ya había cerrado la carpeta con mi hoja dentro y ya casi se había levantado de la silla cuando añadió:

—O sea, ¿que no usas ningún método anticonceptivo y sin embargo no tienes miedo a quedarte embarazada? ¡Pues, chica, no lo entiendo!

Se le escapó, fue como un latigazo de dos frases en una que no pudo reprimir; había reproche en su tono y se le vio en él esa vena retrechera madrileña que se pone reventona en cuanto algo no cuadra.

—Bueno, yo te paso a ver a la doctora ahora mismo —concluyó, como quien se recuerda a sí misma lo poco

que debe importarle algo—, pero me parece que ella va a querer hacerte el cuestionario otra vez. Es que... verás... —y ahora estrenaba indulgencia conmigo, probablemente para contrarrestar sus casi malos modos—. Nosotros aquí comprendemos que todas estas preguntas son muy íntimas, pero no tenemos más remedio que hacerlas y es muy importante que seáis lo más sinceras posible en las respuestas, si no, no tiene ningún sentido que lo hagamos, ¿comprendes?

—Lo comprendo, sí. Perfectamente. Y te he respondido con absoluta sinceridad a todas. Pero yo no tengo la culpa de que vuestro cuestionario no esté completo —se lo dije sonriendo, y haciéndole ver que le estaba dando así la mejor pista para que ella solita resolviera el enigma.

—¡Hombre, a ver, es que comp...

(—Mujer —le corregí yo la exclamación).

—...pleto-completo... lo que se dice completo, no hay nada en este mundo, claro, si vamos a eso...!

Pero aquí ya había cantado la gallina definitivamente y a mí dejó de divertirme el juego; la chica no merecía la pena: se ofendía en lugar de divertirse o mostrar curiosidad por lo que yo había querido decir, a pesar de que se lo dije buscando su complicidad. ¿Rutina, aburrimiento, una jornada demasiado larga, una ciudad, Madrid, cada vez más agresiva, un sueldo demasiado pequeño, una jefa adusta que obliga a estar a la que salta...? Tal vez. O poca paciencia y poca cabeza, algo de mal carácter natural y una falta clamorosa de sentido del humor... o todo a la vez, qué sé yo.

Me llevé de nuevo las manos a la encrucijada de mis piernas y las recuperé menos inocentes que nunca, crimi-

nalizadas, pavorosamente rojas. No había visto unas manos tan llenas de sangre desde que...

Desde que una vez, de pequeña, regresé a casa de la escuela y encontré a mi madre y a Dora, nuestra criada de siempre, con los brazos hasta el codo metidos en un lebrillo lleno de los cuajarones de una matanza. Desde entonces, no he vuelto a comer morcilla. Todavía veo a mi madre levantando aquella mano sucia de algo impensable en ella para impedir que me acercara a darle el beso. No quería tocarme así. Y me mandó fuera del patio porque no había ninguna necesidad de que yo viera un espectáculo tan imborrable de untuosidad y colores que gritan.

Mirándome las manos teñidas, «cinco lobitos», no pude evitar adentrarme ahora, me llamaban los tantanes de la selva, en la espesa zona verde de mi infancia. O tal vez fuera la de mi hermano, Pablo, más pequeño que yo, con cuyo cuerpo, mientras crecía, fui yo reviviendo en el mío los ritos iniciáticos que no podía recordar, «cinco lobitos», y que debió de celebrar mi madre conmigo. Seguro que fueron escrupulosamente iguales para mi hermano y para mí. Conscientemente iguales, porque mi madre se pasó media vida temiendo quererme a mí más que a mi hermano. Yo fui su primer desgarró, su primer surtidor de sangre; yo la rompí primero. Mi padre, sin embargo, se centró rápidamente en mi hermano, con una dedicación sin lugar a dudas.

Se concentró en él como el haz incendiario de una lupa y no paró ni cuando a mi hermano empezó a salirle humo por las orejas y se fue corriendo a buscar cubos y cubos de agua con los que apagarse. Primero fueron cu-

bos y cubos de cerveza adolescente. Luego fueron cubos de cubatas. Se ve que el fuego era por dentro y muy devastador porque dejó la carrera y lo internaron en un centro hasta que se curó; y se apagó por fin lo bastante para convertirse en un triponcillo y benigno dibujo animado de esquina de libro. Ya casi no hablamos. No me interesa lo que a él le importa. Coincide que lo que a él le importa ahora se parece mucho por fin a lo que le importaba a mi padre.

En la época en que bebía, sin embargo, un endemoniado dios le soltaba la lengua hacia las palabras más puntiagudas del diccionario. Con ellas construía frases como cerbatanas y párrafos circulares y portentosos como los ruedos del infierno. Recuerdo cuando le temblaban las manos y nunca atinaba a apagar bien el cigarrillo; la época en que sus párpados, entonces siempre a media asta, protegían su mirada de la mirada de los otros; los tiempos en que fue un prometedor profeta, un dulcísimo desgraciado.

Lo mío, por entonces, por finales de los años setenta, no era beber, pero sí tirarme de panza en las enredaderas. Mi cabeza sangraba con todos los inris de los desheredados y andaba ofreciéndome en cruz a todos los sacrificios, igual que cualquier héroe desesperado que no consigue ya ni siquiera un mínimo currículum de cárcel.

Cuando, unos años después, mi hermano me hizo madrina de su primera hija, y yo acepté ir al templo a celebrar el conjuro para mantener en el destierro a cierto ángel represaliado, comprendí que esos tiempos no volverían para ninguno de los dos.